



AMBER

Hay una cosa que nadie comenta sobre la idolatría: es despiadada. Cruel. Pero, sobre todo, un engaño. Coges a alguien, a cualquier persona, y lo conviertes en tu objeto de deseo. De repente, no existe nadie más. Se han convertido en tu prioridad. Y mientras los pones por delante de todo, en el centro de tu mundo, despegan. Vuelan por encima de cualquier cielo posible y tú levantas las manos mientras proyectan su sombra sobre ti.

Los envías muy alto, los conviertes en criaturas celestiales. Pero, cuando están ahí, solo les queda una cosa por hacer: caer. Los buitres los desgarraran mientras les recuerdan sin parar lo que una vez fueron.

Los choques son igual de rápidos y atronadores. Los huesos se entremezclan con la piel, rompiéndose cuando se estrellan contra el suelo.

Todo se remonta al mito, ¿no? Ícaro y las alas malditas que heredó, que le hacían volar cada vez más alto, demasiado cerca del sol.



Nosotros nos quedamos mirando cómo se oscurecía su figura antes de que cayera.

Damos forma a los ídolos para que hagan y digan lo que queremos ver y escuchar. Personas que sonreirán y andarán de la forma que necesitamos que sonrían y caminen; saludarán a los desconocidos y subirán al coche lo más rápido posible. Un disparo, *bang*. La fotografía perfecta. ¿Puedes ver esa sonrisa? Ahora, la imagen llega a las revistas, que se preguntan e inspeccionan los detalles de su nuevo collar, el mismo collar que ahora es también tuyo, esa réplica brillante que te ha costado 7,99 más envío.

Vives indirectamente a través de los artículos, haciéndote las preguntas adecuadas para acercarte a la verdad que quieres creer. ¿Qué dice, que no sonríes tanto, pajarito? ¿Icaro bate las alas. «¿Hay algún problema en el paraíso?», pregunta la prensa.

La sombra se mueve.

Hoy, esas preguntas se han convertido en armas que devienen conversaciones. Y los rumores se propagan rápidamente en el vasto océano de las noticias y las redes sociales. Los ídolos ya no vuelan, se dirigen hacia el sol, el centro de atención, el escenario; un olimpo propio.

Y, sin lugar a dudas, hay una pieza central en ese panteón.

Hablo de Billie Grace, por supuesto. Su música, sus canciones, sus vestidos, sus *looks* de alfombra roja. Siempre está resplandeciente, digna. Todo el mundo sabe que nadie acapara las cámaras como ella. Dondequiera que vaya, las cabezas se vuelven y la gente la mira con incredulidad. Y los sorprende mirándolos, una sonrisa cargada como un arma. Ella sonrío y concede un autógrafo, rompe una regla o dos para sacarse una foto contigo. Algunos dicen que es amable. Otros la consideran calculadora y manipuladora.



De todas formas, la miran y susurran. Y las historias que cuentan sobre ella, ruidosas como enjambres de abejas, se silencian unas a otras.

Después de las dos semanas que llevo trabajando para ella, puedo jurar que es mucho más complicado que todo esto.

Lo que más me aterroriza de la idolatría es saber que, incluso si tratáramos de hacer humanas a personas como Billie, parece que no podemos. A todos nos gustan las cosas brillantes e inalcanzables. Las tragedias doradas nos hipnotizan. Pero ¿hasta dónde está dispuesto a llegar el becerro de oro para seguir siendo loable y noble, justo a su nombre, sacrificado? ¿Qué precio está dispuesto a pagar el héroe por la altura, por la fiebre de la fama? Y lo más importante, ¿qué pasará cuando la rueda se pare, en el momento en que fracase?

La recuerdo, hace menos de una semana, sentada en un sillón, preparada para una entrevista. Billie todavía llevaba el pelo largo, recogido en un moño inocente, y maquillaje natural, parecía joven y buena. Hasta llegué a creer que era sincera cuando dijo:

—Cuando alguien se desenamora de ti, no hay nada que puedas hacer para recuperarlo. —Esbozó una sonrisa triste pero audazmente preciosa—. Me temo que lo he aprendido por las malas.

Ese también fue el primer día que me vio, vestida de cuero y con las gafas de sol en la cabeza. Cuando salió de la entrevista, después de darle las gracias al entrevistador con un firme apretón de manos, se acercó a nosotras. A Lilah y a mí. Pero me preguntó solo a mí, y a nadie más, si quería un café.

Pecando de timidez, dudé antes de decir que sí.

Me dio el suyo al momento, asegurándome que no le permitirían tomar lácteos, pero que le gustaba el olor. No parecía



cansada, pero algo iba mal. Y no pude evitar mirarla fijamente, preguntándome si era la presión del aire, preparándonos a todos para el golpe.

—¿Sigue en su habitación? —Lilah suena hostil a través del teléfono.

—Llegué hace veinte minutos. El servicio me abrió la puerta. Todavía no ha bajado, no.

Puedo escuchar sus pasos por encima de mi cabeza, recorriendo el pasillo. Pero aquí estoy, con miedo a dar un paso en falso.

—¿Emily sigue ahí, entonces?

Mi jefa está cerca de la piscina. Puedo oír a los niños gritar y reír, el agua salpicando.

—Me dio las llaves y se fue. Pero dijo que Billie estaba en la sala de escritura cuando llegó y que no ha comido nada desde entonces. —Frunzo el ceño—. ¿Debería preocuparme? ¿Eso es nuevo?

—No lo es —se queja—. Pero escucha, Amber, tienes que hacer que se ponga a trabajar. —Se está pellizcando la nariz. Es algo muy típico en ella. Sé que estoy decepcionando a mi jefa. Y aunque me siento mal por ello, me recuerdo a mí misma que no accedí a nada de esto. Solo soy una becaria. No debería saber cómo tratar a una artista multimillonaria que atraviesa una crisis existencial—. Llama a su estilista y dile que está en camino. Las visitas de Pablo suelen levantarle el ánimo.

—Pablo es el estilista, apuntado.

—Ya deberías saberlo... —suspira Lilah—. Escucha, solo tienes que obligarla a salir de la cama y que se ponga en marcha. Ellos harán el resto.

—Lo sé. Es solo que... —Suspiro a modo de respuesta—. ¡Tú lo haces mil veces mejor!



Me he disfrazado para nada. Blazer, zapatos, pendientes. No me esperan a mí, sino a la chica guapa que se esconde detrás de la puerta del final del pasillo de la planta superior. Billie Grace, por supuesto. Que sigue en casa en lugar de ponerse en marcha. Ella es la que tiene que actuar, no yo.

Nadie debería poner sus expectativas en mí, nunca. Ya no.

—Ella confía en ti, Lilah, no en mí. ¿Cómo se supone que voy a entrar en su habitación y...?

—Has entrado en su casa.

—Yo... Lo que quiero decir es: ¿y si está desnuda?

—Sobrevivirás, Amber. Estoy segura de que no será la primera mujer a la que ves desnuda. —Se ríe.

Vuelvo a suspirar, mirando al techo.

—Se suponía que sería un trabajo fácil, tía.

—Eso es lo que pensaba tu padre, pero ya te lo dije. —Ha vuelto la tía Lilah. Para ser justos, me advirtió de que el trabajo era difícil. Simplemente lo ignoré y acepté el salario como un niño acepta caramelos—. Además, ¿por qué te dedicarías a representar personas si luego no puedes hablar con ellas?

—Mi intención era asesorar a empresas pequeñas, no a...

—No puedo maldecir por teléfono. ¿Y si me escucha?—. La cantante de pop más exitosa del año. A quien todos esperan. Cuya carrera depende de esta estupidez... Si era tan importante, ¿por qué te has ido de vacaciones?

Puedo escucharla sonreír al otro lado de la línea.

—Tengo una familia, Amber. Y, como has dicho, estoy de vacaciones, así que eres tú quien debe encargarse de todo esto. Porque es tu trabajo. Y debes recordarle a Billie cuál es el suyo. Si todavía lo quiere...

La cocina está impecable, excepto por la botella de vino abierta en la encimera. Tengo que dejar de resoplar.



—Vamos a repasar todas las tareas: tienes que obligarla a levantarse, llamar al estilista, acompañarla, asegurarte de que los paparazzi saquen algunas fotos y luego tendremos el resto de la semana libre. —Repito el plan como si así fuera más fácil—. No me he olvidado de nada, ¿verdad?

—Le diré a tu primo Jonah que lo echas de menos.

Me río. Siempre me corta como si se estuviera deshaciendo de mí, aunque sea con mucha educación. Ya estoy acostumbrada.

—Sabes que no lo echo de menos, ¿no?

—No necesita saberlo. —Ella también se ríe. Y aquí viene la advertencia—: Arregla esto o te despediré.

Sé que era una broma, pero cuando cuelga y me deja ahí, sola, empiezo a creer que lo decía en serio. Me guste o no, podría despedirme en cualquier momento. Esta es una industria muy competitiva y no le resultaría difícil encontrar a alguien que realmente sepa lo que hace.

Si hay algo que sé sobre mi trabajo, es que el más mínimo error te perseguirá el resto de tu vida. Si la lío, Billie tendrá que quedar con Matthew Berry en esa pequeña cafetería llamada The Bus Stop muchas más veces de las que necesita ahora mismo. Y se enfadará conmigo, porque eso es lo que hacen las estrellas. Y, luego, Lilah se verá obligada a despedirme de todos modos, ¿no?

Porque la maldita Billie Grace nunca me perdonaría que la hiciese trabajar más de la cuenta.

Respiro hondo y me guardo el móvil en el bolsillo. Me miro en el reflejo de la vitrina.

Parezco una Barbie: pelo largo y rubio, camisa blanca, teléfono en mano.

La casa de Billie es tibia, pero en un sentido positivo.



Incluso en verano, tienes que cubrirte los hombros. El mobiliario *vintage* y la humilde distribución de las diferentes estancias conforman una sencilla casa familiar. Por supuesto, los Grammy que hay en los estantes hacen que todo sea un poco pomposo. Supongo que eso es lo que rompe el hechizo. Mientras caminas, la sensación se calma y no puedes deshacerte de la ilusión de que estás en una especie de plató de cine.

La directora es la que se esconde en la planta de arriba, intentando vender la ilusión de su propia historia.

Las escaleras crujen cuando subo.

Es gracioso porque sé con certeza que no son viejas. La casa apenas tiene dos años. Me lo contó mi tía. Quería un gran jardín y un rincón para ella. Hay una sala de estar y una cocina. Junto a la puerta principal, una pequeña habitación con un piano. Ella la llama la sala de escritura, y es la que tiene las mejores vistas. Hay una puerta de cristal que conduce a una pequeña zona llena de gardenias. En una entrevista, dijo que le encanta sentarse ahí, con las puertas abiertas, con los calcetines de lana.

Entiendo por qué.

El piso superior es igual de acogedor. Aún no había estado ahí. Aunque andar por su casa como si fuera una propiedad pública me provoca un nudo en el estómago, tengo la curiosidad suficiente como para continuar.

Lo primero que veo es un baño, lo suficientemente grande para una familia de tres. En el medio, justo debajo de la ventana, hay una bañera. Los grifos dorados están trabajados de tal forma que parecen más viejos de lo que son. A mi izquierda, una pequeña biblioteca, con un sofá y un gran sillón. No tiene paredes, pero hay una gran claraboya en el techo, por lo que la luz cae directamente en el rincón de lectura. Me pregunto si



es un buen lugar para observar las estrellas en otoño. Y, para mi sorpresa, me imagino llevando un cárdigan largo, como si acabase de salir de una novela de Jane Austen, contemplando la vida mientras camino por el pasillo.

La puerta del final del pasillo es la que conduce a su habitación y no está cerrada. No sé por qué me sorprende. De todos modos, ¿por qué iba a cerrarla? Está en su casa, sola. ¿No es suficiente privacidad? Excepto porqué sé a ciencia cierta que no lo es.

—¡Por el amor de Dios...!

Un gato pasa de largo, soltando un maullido antes de que pueda darle una patada al recuerdo y olvidarme de él. Parece hambriento, pero estoy segura de que sobrevivirá. Miro cómo el animal baja las escaleras y, como ya he roto mi silencio, decido hablar.

—¿Billie? Soy la asistente de Lilah.

Me alegro de que no me tiemble la voz. Sin embargo, creo que estoy a punto de romper una regla cuando camino hacia su habitación y llamo a la puerta.

—¿Estás ahí dentro?

—Aquí abajo.

La glamurosa y cándida Billie Grace está sentada en el suelo, detrás de su cama, mirando por la ventana. Aunque es verano, lleva un pijama con una especie de cárdigan gris claro por encima, justo como me había imaginado a mí misma segundos antes. El aire acondicionado está encendido, pero no entiendo por qué no lo apaga. Me pregunto si sabrá hacerlo. ¿Eso es presuntuoso?

—¿Qué haces ahí abajo? —pregunto, tratando de sonar casual, casi demasiado cariñosa.

Como ahora lleva el pelo corto, no la reconozco a



primera vista. No parece ella. Su largo pelo rubio ha sido su marca personal durante muchos años. Todavía no hay fotos de su nuevo corte.

Creo que soy una de las primeras personas en verlo.

De repente, mira hacia arriba. Es como si pudiera leerme la mente. Aunque no soy capaz de controlar mi reacción, no vacila ante mi sorpresa.

Billie juega con un mechón de pelo, divertida.

—Es mi habitación. —Se encoge de hombros, como si no tuviera los ojos rojos o bolsas debajo—. ¿Tú qué tal?

Sabe que eso provocará una reacción de vergüenza por mi parte. Me aclaro la garganta y aparto la mirada con nerviosismo. Sin embargo, se ríe un poco antes de dejarme espacio y dar unas palmaditas en el suelo.

—Ven, siéntate conmigo.

Y eso es lo que hago. Me siento al lado de Billie Grace, la estrella de la década. No sé cómo hemos acabado así: sentadas en su suelo, en su dormitorio.

Debería haber supuesto que era algo que podía pasar.

—Lilah quiere que siga adelante con esto, ¿no? —pregunta antes de que pueda reunir el valor para decir algo—. Todo el rollo de la relación falsa con Matthew Berry. No va a dejarme en paz.

—Eh... Bueno. Ella es... Ella sabe que Berry es un cantante *indie* que ha ganado mucha fama últimamente y que tú quieres optar por el pop en este nuevo álbum. —Intento ser profesional, pero no tengo absolutamente ningún control sobre lo absurda que parece la situación. Me he limitado a memorizar mis líneas como una actriz—. Creo que es una decisión inteligente, incluso si trabaja con la discográfica de Molly. Podríamos obtener una buena oferta...



Billie sonrío. No aparenta veintisiete años, sino más, pero no tengo ni idea de por qué. Cumplí veintiséis la semana pasada y me sigue pareciendo que tengo dieciséis.

Quizá ella se sienta del mismo modo.

—Es una jugada inteligente —admite, pero no parece gustarle.

Si no pensara que mirar fijamente es de mala educación, me hubiese dado cuenta de cómo hace un puchero. Ella mira por la ventana. Desde aquí, solo podemos ver las nubes y algunos pájaros.

—¿Amber?

¿Se sabe mi nombre? ¡Buah!

—¿Sí?

—Creo que no quiero hacerlo.

Me muerdo el labio inferior y trato de no mirarla. Sé que sus ojos azules son de otro mundo, y me da miedo que me manipule con su voz suave. Sin embargo, reúno fuerzas y termino volviendo la mirada hacia la de ella, más amigable de lo que debería.

—No pasa nada. —Me encojo de hombros, apoyándome en la cama—. ¿Qué quieres hacer?

Ahora es ella la que parece preocupada. Yo soy la que sonrío y ella la que se pone roja. De mis padres y su lista interminable de invitados aprendí que puedo, y actuaré, como si tuviera el control. Incluso si nunca lo tendré. Le ofrezco mucho: control, un pequeño rincón para luchar. ¿Es lo que quiere?

Le hago saber que estoy en su equipo, incluso cuando ambas sabemos que no puede luchar contra su contrato. ¿Acaso no es ese mi trabajo?

La chica que tengo sentada al lado no parece entender por qué haría algo así. Y, para ser sinceros, yo tampoco. Hasta



cierto punto, intento que no me despidan, incluso si realmente no me importa el trabajo. Porque me gusta el dinero y lo que me aporta.

Supongo que son cosas que pasan, ambas tenemos la misma edad. De repente, la distancia parece acortarse.

—Quiero volver a la cama —cede.

La habitación nos mantiene juntas en el tiempo.

—Tú eres la que ha salido. —Me río—. Nadie te ha echado.

—Y quiero patatas fritas.

—Mmm... La verdad es que yo también.

—Y café.

—¿Con patatas fritas?

Seguro que he puesto una cara graciosa, porque deja escapar una carcajada antes de mirarme de manera cariñosa.

—Me gusta mojarlas en el café.

—Eso es asqueroso.

Ella se ríe de nuevo. Es extraño, porque ya no me siento tan incómoda. Sin embargo, cuando algo le cruza la mente, se acurruca. Con las piernas contra el pecho, Billie vuelve a mirar por la ventana y se muerde el labio inferior.

—¿Sabes por qué ya no quiero hacerlo?

—¿Ser una superestrella?

—No. —Vuelve a sonreír—. Esa parte me encanta...

—Apuesto a que también hay desventajas en ver tu cara en las vallas publicitarias todos los días.

—Pero yo no lo veo, al contrario que vosotros.

—Oh.

Nunca lo había pensado. Esta casa, sus pisos, los restaurantes... Incluso cuando esos mundos chocan, la mayor parte del tiempo Billie Grace vive en un mundo diferente.



—Pero sabes que están ahí. Debe ser agotador.

—Lo es. Pero quiero pensar que hacen felices a mis fans.

—Estoy bastante segura de que lo hacen. —Antes de que pueda decir por qué lo hago, juego con mi propia ropa, como una niña—. ¿Entonces por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no quieres hacerlo?

Ella parece retroceder, insegura de si debería contármelo. Lo entiendo. No creo que esto se me dé bien. Solo soy una chica normal cuyo bisabuelo cometió fraude y acabó con mucho dinero. No quería ir a la universidad ni estudiar Relaciones Públicas, pero pensé que la tía Lilah podría conseguirme un trabajo si lo hacía. Solo accedí porque quería que mi padre dejara de molestarme. Mentí un poco y me creí esa mentira.

Mentira tras mentira, he acabado tumbada en este suelo. Pero esto no es lo que soy, la-Amber-que-está-tirada-en-el-suelo-de-Billie-Grace. Esta es una especie de versión mutilada de mí misma, lo que encuentro increíblemente irónico dadas las circunstancias.

—No tienes que contármelo si no quieres —agrego al final.

Mirándola, creo que sé por qué se arruga y parece más vieja de lo que es. Da la impresión de estar herida. Algo que no sé le ha hecho daño. Parece sufrir donde nadie puede verlo.

Inalcanzable, pero, de alguna manera, dispuesta a que la encuentren, la chica me mira con los ojos llorosos.

—Iba a hacer todo esto para poder casarme con Anna este verano —dice, de repente—. Se suponía que esta farsa iba a durar un mes, más o menos, y después me tomaría un descanso. No iba a lanzar el álbum hasta después, si el sello discográfico aún lo quería. Lo planeamos con tanto cuidado...



Me he quedado sin palabras.

—¿Anna? —El cerebro se me descompone rápidamente, pero el nombre aparece en mi cabeza—. Espera, ¿Anna Archivald?

—Anna, sí. —Puedo escuchar un gemido cuando cierra los ojos.

—Espera un segundo, Billie. ¿Eres lesbiana?

Y antes de darme cuenta, abrazo a Billie Grace, intentando que deje de llorar. Sollozos. Su dolor es más grande que todo esto: la casa, la botella de vino, las llamadas. Hay tantas cosas que no conozco bajo la superficie de sus heridas y el pelo corto. Muy por debajo de las delicadas mentiras elaboradas que se ha estado vendiendo a sí misma.

—Pero ha roto conmigo. —Llora—. Se ha ido, ¡y se va a casar con él! ¿No te parece muy cruel?

